



Estudio etnográfico sobre violencias y drogas en Quito

Ethnographic study on violence and drugs in Quito

William Fredy Aguilar Rodríguez

Universidad Técnica de Ambato (Ambato, Ecuador) wf.aguilar@uta.edu.ec

Resumen

El estudio se realizó en un barrio vulnerable y popular del Distrito Metropolitano de Quito, donde los entramados de violencias están deteriorando las relaciones sociales. Es en este contexto donde se procura registrar múltiples violencias, sus usos y formas a partir del punto de vista de los propios actores. Se recupera las voces desde dentro (actores), unidas a las de fuera (investigador) en un esfuerzo colaborativo de reconstruir el entramado de significaciones en torno a las violencias.

Palabras clave: etnografía, violencia, conflicto, droga, Ecuador.

Abstract

The study was conducted in a vulnerable and popular neighbourhood of the Metropolitan District of Quito, where violent networks are deteriorating social relations. It is in this context that we try to record multiple violence, its uses and forms from the point of view of the actors themselves. It recovers the voices within (actors), joined to outsiders (researcher) in a collaborative effort to rebuild the network of meanings around violence.

Key words: ethnography, violence, conflict, drugs, Ecuador.

INTRODUCCION

En cuanto a los estudios sobre violencia y drogas en Ecuador, la mayoría se concentra en la seguridad ciudadana (Carrión, 2010). No obstante, sobre consumo/venta de drogas ilícitas y violencia en sectores populares hay un gran vacío. Los documentos existentes, por ejemplo, los informes del distrito metropolitano y los policiales solo ofrecen aproximaciones cuantitativas. Aquellos trabajos que más se han acercado a esta realidad pueden ser distribuidos en tres líneas: discriminación y resistencias; violencia urbana; y drogas.

La primera línea se encuentra investigaciones locales como las de Eduardo Kingman (2012) "San Roque: indígenas urbanos, seguridad y patrimonio" y Santillán (2006) "Jóvenes negros/as Cuerpo, etnicidad y poder". Hay un trabajo significativo de Alfredo Santillán (2008a) que analiza el fenómeno de los linchamientos urbanos como un fenómeno de la circularidad de la violencia y un artículo de Fernando García (2008) relacionado a los ajusticiamientos en el Ecuador. Por último, Páez (1991) y Bonilla (1993) desentrañan la economía política y las relaciones internacionales de Ecuador con el narcotráfico a fines de los ochenta y principio de los noventa, sin embargo, su enfoque se ciñe específicamente a una visión



de política internacional y política interior. La diferencia la marca un trabajo breve de Alfredo Santillán (2008b) titulado “La circularidad de las economías ilícitas”. Pero quien se ha focalizado en estos estudios desde la antropología es Xavier Andrade (1990, 1993a). Mientras que las producciones en estos últimos doce años han puesto énfasis en visiones psicoanalíticas del uso de drogas (Tenorio 2002, 2009); en experiencias de mujeres mulas desde la óptica de los estudios de género (Torres, 2008) y las ilegalidades (Núñez, 2006). Estos estudios no toman en cuenta la violencia como categoría de análisis en el tema de drogas. Por último, un estudio cuantitativo y cualitativo perteneciente al consejo de control de sustancias estupefacientes y psicotrópicas, con la limitación que es un estudio a nivel de país (macro) focalizándose en “adolescentes infractores” según el Informe CAI¹ Ecuador 2011. Frente a este escenario, los estudios antropológicos locales son escasos.

Estos puntos de vista vislumbran un panorama de las limitaciones y fortalezas de las discusiones académicas en materia de violencias y drogas ilegales en Ecuador. Por lo que se requiere de “nuevos” acercamientos teóricos, pero sobre todo metodológicos.

ENFOQUE ETNOGRÁFICO REFLEXIVO

Este trabajo de campo se centra en un barrio popular de la ciudad de Quito², donde se empleó la técnica del relato de vida, integrada a la observación participante. A su vez, sobre esto se compaginó las interpretaciones “emic” y “etic”, por un lado, la interpretación que hacen los actores sociales sobre su propia realidad y, por el otro, la interpretación hecha por el investigador en el análisis (Andrade 1990: 135). Se intentó no traducir al “Otro”, sino “expresar las cosas del mundo social, y en expresarlas, en la medida de lo posible, como son” (Bourdieu 1999: 14) esforzándome por “comprender y dar a conocer lo que el universo del saber ignora” (Bourdieu 1999: 15), de “descubrir las estructuras más profundamente enterradas de los diversos mundos sociales que constituyen el universo social, así como los ‘mecanismos’ que tienden a asegurar su reproducción o su transformación” (Bourdieu y Wacquant 2005: 31).

Se partió de la pregunta por qué el trabajo etnográfico y no otro. Para los usuarios/as de drogas, como para los/as “dealer” que habitan en el barrio, hablar del tema de la violencia a un “extraño” es imposible. Aún más prestarse a responder una encuesta realizada por alguna institución gubernamental. Quién pretenda ejecutarla encontrará serios problemas. Por tal razón se requirió de contactos cercanos, de lazos de familiaridad con los actores sociales y sus espacios.

La confidencialidad fue clave por ser parte de la ética antropológica. Por tal razón, los nombres de los protagonistas y lugares han sido modificados, otros son ficticios y en algunos casos omitidos con el firme propósito de proteger el anonimato de quienes formaron parte de este estudio. Las coordenadas de tiempo y espacio han sido alteradas, evitando la identificación de los actores. Siguiendo a Cristian Alarcón “en algunos casos se ha descompuesto a una persona en dos o más seudónimos, o sumado a dos personas en uno solo” (2010: 12). Esto permitió que el estudio tenga un posicionamiento ético por parte del investigador, como un posicionamiento ético frente a quienes depositaron en mis manos su confianza, cotidianidad y relatos.

¹ Centro de Internamiento de Adolescentes Infractores.

² Para tomar esta decisión se partió de la idea planteada por Donna Haraway en cuanto a la importancia de los “conocimientos situados” (1995: 313).



MATICES Y TEXTURAS DE LAS VIOLENCIAS Y DROGAS

Bourgois señala las tipologías de las violencias presentadas dentro de la Guerra Civil de El Salvador: “Violencia política, estructural, simbólica y cotidiana” (2002: 65). Existen así diversas formas de mirar las violencias, en tanto éstas representan un fenómeno complejo y multidimensional. La violencia ha de entenderse en tanto que: “Hay violencia cuando nadie sabe a qué atenerse, cuando nadie puede contar con nada, cuando todo puede pasar, cuando se deshacen las reglas que hacen previsible los comportamientos y las expectativas de reciprocidad dentro de las interacciones. Ella ha existido a todo lo largo de la historia, lo que se ha modificado, desde el siglo XIX, es la escala y la eficacia de la gestión de la violencia” (Blair 2009: 16).

Se considerará importante entender a la violencia desde “una perspectiva distinta de la criminología, pues a diferencia de ésta no se considera el fenómeno desde una perspectiva individual, sino social, como lo ha impulsado la llamada criminología crítica” (Briceño 2007: 72). La nueva situación de violencia evidenciada sobre todo en Latinoamérica obedece a una violencia cotidiana, donde “la nueva situación de violencia no es el incremento de los delitos, sino el aumento del componente violento del delito y la letalidad asociada a los mismos” (Briceño 2007: 81), por tanto, se ha de considerar que: “En su restringido medio social la violencia se ha normalizado, en el sentido de Durkheim, y ellos son, apenas, algunos actores de esa normalidad. La violencia es un modo de crecer y de ser respetado, es un mecanismo para sobrevivir ante las amenazas de otros, es una palanca de ascenso social, proscrito por la ley, pero aceptado en su medio social, en fin, es mucho más que patología individual y eso se expresa en el incremento de las tasas de homicidios” (Briceño 2007: 82).

Esta no solo se remite únicamente a la agresión física, sino que también posee otras significaciones a las que están expuestos los sectores populares. Violencias que traen consigo mensajes implícitos no visibles, pero que circulan en la cotidianidad de la gente. Tal es el caso de la violencia ejercida a individuos afrodescendientes o indígenas, que en muchos de los casos son encubiertos como violencia “común”. Para Auyero (2013a), “la violencia define la vida de los pobres”. Hecho que no es ajeno al contexto ecuatoriano. En Ecuador las violencias y drogas han sido tratadas de forma distinta, como si ellas fuesen campos ajenos, a su vez, solo se la aborda a partir de prácticas y discursos “oficiales”, provenientes de instituciones “rectoras” de la “salud” y “seguridad” física y mental de la colectividad³. Estas han ligado la vida en las calles y a quienes la habitan a la ilegalidad. Generando una serie de estigmatizaciones, determinismos, sesgos sensacionalistas que se han enquistado en el imaginario social, afectando a ciertos grupos como agentes de violencia, delincuencia, etc. El trabajo de Bourgois (2010) puede aportar con mayores luces a lo enunciado, por el hecho que denuncia las condiciones estructurales que permiten la precariedad y como estas llegan a la cotidianidad.

Para Bourgois: “La violencia interpersonal, la delincuencia menor y el crimen organizado y desorganizado han reemplazado la violencia politizada de la Guerra Fría. El colapso de los movimientos políticos populares (...) abrió un vacío que ha venido a llenar las iniciativas políticas punitivas dirigidas a los sectores de bajos recursos, iniciativas legitimadas en nombre de la eficacia y autorregulación del libre mercado que, sin embargo, han aumentado la desigualdad socioeconómica en el mundo” (Bourgois 2010: 10).

³ Se refiere a los discursos difundidos por instituciones del Estado, en especial de Salud Pública y discursos difundidos por los medios de comunicación, a proyectos de intervención biomédico y psicológico de ONGs, y prácticas represivas por parte de la policía e instituciones “especialistas” en drogas.



CON EL DIABLO ADENTRO

La psicología criminal vincula el consumo de drogas con los delitos, o en palabras de Fernández-Ballesteros, “la fuerte influencia que el consumo de drogas tiene en la comisión de delitos” (2006: 91). Esta aseveración tiene muchas implicaciones, entre ellas reducir el consumo de drogas a efectos físicos y psicológicos, atribuir toda la responsabilidad al “sujeto” individual o así llamada “decisión individual del delincuente” y el hecho de “cometer numerosos delitos”. Esto ha generado una mayor estigmatización de los usuarios, catalogándolos como “drogadictos”, con tendencia a la inestabilidad, provenientes de padres y madres inestables o “en el caso de traficantes, las familias son desorganizadas y con características agresivas e inestabilidad moral” (Soria y Sáiz 2006: 225). Determinismos psicológicos que eluden “el contexto político, económico y cultural de los hechos que explican, además de pasar por alto los procesos históricos y la desigualdad entre clases sociales, etnias, géneros y sexos” (Bourgois 2010: 273). Psicología criminal que no toma en cuenta el orden estructural, en especial la persistencia de la pobreza, la exclusión social y en este caso la violencia.

Las primeras generaciones que llegan a la ciudad proveniente del campo, ellos/as tenían fuertes controles sociales, por un lado, dados por la tradición de sus lugares de procedencia y, por otro, la intervención de la comunidad en los conflictos. En la segunda generación estas formas de control desaparecen, dando cabida a la violencia y el uso de drogas ilegales. Para Briceño-León, “la violencia ocurre en la segunda o tercera generación urbana, en individuos que nacieron en las ciudades y que habían perdido todo vínculo y memoria con su pasado rural” (2002: 39). Este hecho no es ajeno a Cinco Esquinas: “Mi vieja me decía que era mejor vivir en el campo, ahí todos ayudaban. Cuando había muerto mi abuelo todos en el recinto habían recolectado dinero para el entierro, en la ciudad es otra cosa, cuando murió mi vieja nadie dio nada. Ahí me quedé a vivir con un familiar, pero fue hecho mierda, mi tío tomaba, la mujer igual. Él le pegaba a la mujer, los dos me pegaban, tenía miedo. Salí a la calle a los 11 años, llegué a tener mis patas⁴, empecé a probar cemento, fumar de todo” (Nota del trabajo de campo).

La primera droga que probó Cinco Esquinas fue el cemento de contacto y un tranquilizante llamado Rohypnol⁵, que en Ecuador casi ya no la hay. Esta droga es conocida como la causante de amnesia. Según me cuenta, provocaba la sensación de haber tomado 24 cervezas y seguir en pie “embaladaso⁶”. La usaba para pelear en la calle, para dormir, para todo. Luego da con la base de cocaína, por amigos que trabajaban en los buses como controladores.

MARCAS QUE MATAN

Las drogas, al ser una actividad relacionada con la ilegalidad e informalidad, son productoras de violencia, por el hecho de la ausencia de mecanismos que regulen y medien conflictos a su interior, generando una

⁴ Amigos.

⁵ Pertenece a una clase de benzodiazepinas. Al mezclarse con alcohol, el Rohypnol puede incapacitar a las víctimas, imposibilitándolas de resistir el asalto sexual. Puede producir una amnesia anterógrada, lo que significa que las personas no recuerden lo que les ocurrió cuando estaban bajo los efectos de la droga. También puede ser letal cuando se mezcla con alcohol u otros depresivos.

⁶ Hiperactivo.



violencia autodestructiva. Pero a este hecho se adscribe otro, que hace alusión a las experiencias de los retenes⁷ y la “presencia represiva” de la policía en el barrio.

Estudios realizados por Wacquant en Estados Unidos (2004a, 2004b, 2010) permiten tener un acercamiento al fenómeno de la cárcel, a los cambios que se han producido al interior del Estado, de un “estado de bienestar a un estado penal”, y cómo la cárcel está concentrando a determinadas poblaciones. Sin duda en Ecuador se encuentran variaciones al respecto (Torres, 2008), donde el “encarcelamiento masivo” (Pavarini, 2009) es su mayor manifestación. Se han sondeado las experiencias previas a las detenciones (Torres, 2008) y la realidad penitenciaria (Pontón y Torres 2007). Pero se ha distado de las experiencias, luego de ser liberados.

La gran mayoría de quienes forman parte de este estudio han sido retenidos por tres o cinco ocasiones, por tiempos cortos de un día, dos días, o una semana, para luego ser liberados/as. Detrás de estas retenciones hay condiciones estructurales. Sobrevivir en la calle ya no solo se limita a la búsqueda de satisfacer necesidades materiales, de infraestructura, sino “evitar” ser detenidos nuevamente, “lidiando” constantemente con la policía (Goffman, 2009). Lo que interesa en este apartado es cómo están afectando estos dos fenómenos (evitar – lidiar) a la vida cotidiana de usuarios/as, vendedores/as de drogas y el impacto que tiene en la comunidad.

Uno siempre desconfía hasta de la sombra...

El estigma que está generando la cárcel va acompañado de niveles altos de represión y violencia. Subiendo al sitio donde acostumbraba descansar, tuve la fortuna de encontrarme con tres empíricos conocedores de las “economías subterráneas” (Bourgois, 2010): El Tato, la Foca y uno que no acostumbraba a andar con ellos, un nuevo integrante o como ellos le decían un “chamo en el negocio” conocido como el Uñas. Al momento entablamos una conversación sobre sus experiencias con las drogas, la cárcel y la violencia.

Foca: (refiriéndose al uso de drogas) Uuuuh mi brother yo llevo en esto desde que me acuerdo, son más los años que llevo metido que los que no vendo y me meto esta mierda (a lo que surge otra respuesta de Uñas).

Uñas: (habla de la violencia) Vengo de un sitio caliente donde mi viejo le sacaba la puta a mi vieja o siempre estaba borracho y me pegaba a mí, ¿si me cachas?

Entonces, más o menos a los diez, este cara de verga me hizo la maldad [fue violado] y ahí es cuando me salí de caleta y comencé a vender droga. Primero empecé con fundas de cemento [cemento de contacto] para los panas del colegio y los guambras de la escuela y luego le entre al polvo [base de cocaína], además uno se intenta buscar la papita para la casa y darse uno que otro caprichito -suelta una sonora carcajada.

Esta vida si es una mierda, si no te joden los chapas, te siguen otros vendedores para darte el vire, si no andas entre algunos te mueres ¿si me cachas?

Por eso uno siempre desconfía hasta de la sombra (esta última parte la susurra como evitando ser oído pro sus camaradas).

⁷ Cárceles provisionales.



Frente a este escenario Luis (policía en servicio activo), quién solicitó el anonimato, reflexiona sobre la tenencia de drogas, pero a la vez da cuenta de la reproducción de la violencia.

Luis: Nosotros intervenimos cuando se nos informa que alguien está vendiendo, cuando han sido grabados por las cámaras. Les cogemos, les llevamos, pero toca soltarles al siguiente día, porque están limpios, no se le encontró drogas. Frente a esto los compañeros se indignan y lo único que hacen es sacarles la puta, para ver si así escarmientan.

La mayoría de estos actos se los realiza en el retén, cuenta Tato. El retén se ha convertido en un espacio de posiciones entre quienes ejercen la violencia y quienes la reciben. Pero por otro, también es un espacio donde transitan construcciones simbólicas, donde la discriminación étnica tiene cabida.

Tato: A mí me han encanado tres veces. La primera porque casi le mato al hijo de puta marido de mi hermana por pegarle y las otras dos por buscarle la comida vendiendo el polvo. Es más jodida la vuelta cuando eres negro porque te joden el doble, te pegan por las huevas, y si te cogen y no te llevan a la cana, te sacan la madre en el retén a punte palo, te lanzan agua helada, pero así toca para poder comer algo.

Este paso por la “cana” ha generado en Tato, aún más en Foca, ciertas disposiciones frente a la violencia, ha gestado una dinámica de violentados y violentadores.

Foca: Puta yo he ido a parar como cinco veces, si me ves esto (me muestra una cicatriz bastante grande en la frente) es como una marca de guerra cuando a un chapa de mierda le reté por grosero, por pegarme. No tenía nada de material, ya había vendido todo, pero igual el maricón me quitó toda la plata esa noche, me sacó la puta. Dormí en la calle porque no tenía ni para el bus y estaba botado en otro barrio y echar pata desde ahí hasta acá me mataban en el camino.

La primera vez que caí no fue en cana, sino en la Dinapen. Me llevaron por andar fumando una hierba con unos panas de mi anterior caleta, era guambraso cuando yo ya le entraba a la nota, esa era menos adictiva que el polvo.

Un tiempo después caí encanado solo porque en la zona donde vivía antes me culparon de una man muerta. Nunca entendí bien cómo me llevaron y por qué se me culpó de cargarme esa truchita. Salí de la cárcel, ahí si empecé a echar bala.

Mientras Tato y Foca continuaban hablando, pude notar lo frágil de la vida, los niveles de conflicto que se encuentran en la calle, las formas de resolver las diferencias por medio de la violencia, los intereses contrapuestos y la presencia punitiva de instituciones del Estado. Para quienes viven en la calle la violencia se crea, se reproduce, se reconfigura y se redimensiona.

La noche es bastante fría y me resulta casi imposible mantenerme de pie. Enciendo un cigarrillo y hago llegar la cajetilla hasta ellos para que hagan lo mismo, rápidamente me es arrebatada de mis manos y se ve como empiezan su ritual de preparación de una “pistola” y como con el aluminio, que es parte de la misma, se armaba casi de forma instantánea una pipa artesanal.

Fredy: ¿Cómo se arman las “pistolas”? ¿Qué tienen de diferente con la pipa?



Uñas: La diferencia es grande pues no ves que con la pistola el material se mezcla con el tabaco y en la pipa es picante, entra puro.

Tato: A mí me gusta en tabaco, tiene un sabor distinto.

Me dice esto mientras meticulosamente deja caer sobre el asfalto como lluvia una parte del contenido del tabaco sacado con el dedo pulgar e índice, luego con el mismo movimiento de los dedos muda el filtro hasta que una parte del mismo se deja ver y lo arranca con los dientes y, como una pincelada final de un cuadro, le aplica saliva. En este tubillo se entremezclan la legalidad e ilegalidad de las drogas, enciende un fósforo y la “pistola” es llevada a la boca.

Foca: Este marica no sabe de la movida en esta pipa que es chiquita. Uno se pone menos de una funda de polvo y así dura más, lo malo de la pipa es que entra de una y sale igual pero el sabor, el sabor, es algo que después de fumar tanto te comienza a gustar. Entre más fuerte mejor.

Pretendiendo no ser inoportuno, pregunto por sus familiares, pero lo que consigo es toda una cronología sobre la violencia en la familia, en la calle, por drogas, etc. Para la gran mayoría de quienes viven en la calle, su experiencia de familia está relacionada con la violencia, pero también con el cuidado de sí. En el caso de los hombres se encuentran muchos usos de la violencia para imponerse, para adoctrinar.

Tato: Puta loco mejor yo ese tema ni toco, me cabrea acordarme de mi viejo, él vivía para pegarme a mí y a mi vieja, cuando tuve la edad de defenderme y le lancé un par de puñetes, me botó a la calle. Mis otros dos hermanos, uno no sé dónde estará y el otro me lo mataron en una balacera peleando por vender ahí si un material mejorcito que nos sabía traer un pana: la triqui [cocaína] ahorita que me haces recuerdo, esa fue mi primera balacera. Ahí entendí el valor de andar con tu chispa como si fuese una mano, porque sientes hasta como un poder. Alguien te jode “pum pum” y acabas con otro hijo de puta más que respira de gratis, a mí me cabrea la gente enlucada [pudientes] porque te ven vacilando tu joda o prendiendo tu nota y se asustan si esto de meterse el polvo es de lo más normal ¿Si o si mi Foca?

Foca: Simón negro uno jode tranquilo en una esnaqui [esquina] pero las viejas pasan y lo ven a uno como un bicho, como una rata. Y bueno siguiendo con lo de la familia, era mi mamá y nadie más, hasta que se me abrió la man para las Españas, ahí se acabó porque me mandó a vivir con unas primas, allá terminé la escuela y seguí unos dos años en el colegio, ahí le conocí al Diego, el triquero le decían. Yo no cachaba bien hasta que me contó la movida, ahí comencé a vender, hasta que me cacharon las mopris [primas] y me mandaron dos meses. Viví con el triquero hasta que se me armó un trovo, donde le zurcí a puñalada a un verga alevoso y me vine a Quito, aquí paso más fresco, no fumo tanto y vendo lo que más puedo para seguir comprando y seguir vendiendo.

Uñas: Yo aquí en esta zona soy lo que es nuevo, pero a mí lo único que me queda es mi ñora [esposa] y mi pulguita [hija], el resto de mi familia me despreció desde el principio, me largué. Al comienzo inhalaba cemento [cemento de contacto] para no acordarme del hambre, pero de ahí vino esta movida del polvo y ahorita vendo para darle de comer a mi family.

Entre conversaciones me dispongo a seguir mi rutinario camino con una ansiedad parecida a la que se siente cuando algo se deja inconcluso. Me hubiese gustado adentrarme aún más, pero el ambiente se ha tornado pesado por la presencia de un patrullero en el lugar, sobre todo la “agresividad” que muestran frente a la presencia de este.



Al llegar a una cuadra de la casa la despedida es bastante peculiar. Foca me abraza y me permite oler el mismo químico aroma que había percibido cuando fumaba la base de cocaína, impregnado en su ropa por el uso cotidiano de la misma. La despedida con todos es similar, con un abrazo, lo que varía son las palabras finales. Toda una disertación sobre dilemas éticos en la investigación social: la confidencialidad de quienes participan de nuestros estudios, el uso de la información, hasta qué punto estamos inmersos en el campo.

Uñas: Utilice bien lo que le hemos dicho.

Foca: Hermano, sin nombres.

Tato: Vaya a la caleta por la sombra rey, si tienes un problema cuéntanos, le damos el vire a quien sea.

EN LA CALLE TIENES QUE HACERTE RESPETAR

Los temas punitivos y represivos tratados anteriormente ofrecen una vista interna de cómo se está irradiando las violencias, pero sobre todo el papel que juegan las instituciones en dicha reproducción. Pero qué pasa con las mujeres de la calle. “Chola”⁸ una joven de 21 años me brindó una idea panorámica de la propagación de las violencias, en especial sexual. Entre las muchas conversaciones que entablamos con Chola, comentó que “hay que defenderse, hay que aprender a pelear”. Frases como esta dan cuenta cómo la vida en la calle para una mujer cambia completamente, generando fracturas con la idea hegemónica de la mujer “abnegada”.

Para Auyero (2012), junto a las carencias materiales (falta de ingresos suficientes para satisfacer las necesidades básicas) y de infraestructura (falta de pavimento, alumbrado, contaminación ambiental, ausencia de recolección de residuos, alcantarillado, etc.), una de las preocupaciones centrales en la vida cotidiana de los más desposeídos gira alrededor de los distintos tipos de violencia -delictiva, relacionada con el consumo de drogas, domésticas, policial, sexual- que hacen que sus vidas estén en riesgo permanente.

Riesgos presentes en la vida cotidiana de estas mujeres, desde la niñez hasta la adultez. Aquí se presenta su trayectoria de vida, caracterizada por una *cadena de violencia* (Auyero, 2013) a las que ha estado y está expuesta. No se trata aquí de estudiar “los medios creativos (...) que *usan* para estar *vivas*”⁹ (Scheper-Hughes 1997: 509) muy estudiados por Bourgois (2010) y Scheper Hughes (1997), sino a la violencia que están expuestas y cómo interactúan ante ella.

Las mujeres partícipes sienten que el monopolio del poder por parte de sus padres en casa ha “desaparecido” en la calle, porque en esta se “impone la fuerza”. Algunos padres han perdido el “control” de sus hijos e hijas usuarias de drogas y la única forma de mantenerlo es haciendo uso de la violencia física. Esta “crisis de patriarcado”, como la llama Bourgois, se refleja en las calles, donde el “antiguo autoritarismo patriarcal se ha reorganizado” (Bourgois 2010: 230), pasando de una niñez saturada de violencia intrafamiliar, a la reproducción de la violencia en calle por parte de estas mujeres.

⁸ Es así como la conocen en el barrio, proviene del nombre Chola que determina la calidad de la marihuana.

⁹ Las palabras en cursiva son de mi autoría, en el texto original está en singular.



Si estas marcas hablaran...

Recuerdo muy bien la tarde que logré tener contacto con Chola, fue al año de mi llegada al lugar. Di con ella gracias a unas religiosas de los Sagrados Corazones. La primera vez que la miré caminaba presurosa, su postura casi militar, con una mirada que trataba de generar temor a los transeúntes. Vestida con tres pantalones sobrepuestos y dos chompas, daba la impresión de ser alguien fornido. Mientras se acercaba lanzaba frecuentes insultos “sartas”, “hijos de puta”, “maricones” a sus “compañeros de calle” como ella los llama. Entre ellos Cinco Esquinas, quien solo se limitaba a escucharla sin hacer ningún reparo a sus palabras.

Los primeros meses consideré que esa forma de presentarse generaba cierto respeto en la calle, pero con el tiempo me di cuenta que era una estrategia de sobrevivencia frente a exposiciones cotidianas de las violencias. Es así que al año empecé a ganarme su amistad, accediendo a los relatos sobre el miedo que le generaba vivir en la calle a Chola, pero sobre todo los sufrimientos cotidianos. Pocas veces tuve la oportunidad de hablar a solas con ella, porque la gran mayoría de tiempo estaba acompañada de su ex pareja y otros pretendientes que pensaban “si un hombre y una mujer están a solas, él se la quiere tirar”. Frente a esta malicia masculina de la calle no tuve otra opción que hacerme acompañar por alguna de las religiosas.

Uno de esos momentos a solas fue un viernes por la mañana, cuando la encontré recogiendo botellas en el basurero para venderlas por algo de dinero. Noté que sus manos llevaban quemaduras, producidas por su pipa de aluminio con la cual inhala base de cocaína. A igual que Cinco Esquinas sus dientes están propensos a caer por las infecciones y sus labios lacerados de llagas. Esta conversación me condujo a su experiencia de violencia sexual.

Chola: Me fui de la casa porque mi padrastro me violó. Pero mi vieja no me creyó, le creyó mejor al marido, dijo que me largue, que soy una perra, una puta, que no sirvo para nada, me botó de la casa. Tenía once años, cuidaba a mis hermanos, a veces el niño se me caía, el marido me pegaba, me bañaba en sangre. Encima de eso abusaba sexualmente de mí. No soporté y me fui a la calle. A los once años y medio ya vivía en la calle.

Chola al igual que muchas otras mujeres, han vivido la violencia mucho antes de llegar a la calle, como dice ella: “la vida es difícil para una mujer”, revelando que en el proceso de vida de la infancia a la adultez se ha triplicado la desprotección.

Recuerda con enfado “a mi vieja [mamá] siempre el marido le pegaba, yo no podía hacer nada, solo me escondía, ella estaba sola en esta vida. Muchas veces le botaba de la casa, pero regresaba”. Su madre, al igual que Chola, experimenta una violencia que marca jerarquías entre hombre/mujer. Cuando le pregunto cuál era la reacción de la madre a los maltratos de su pareja, ella responde “nada”, siendo la pasividad otro componente para la naturalización de la violencia dentro de la familiar.

A este hecho se une la violencia física vivida en la escuela, propiciada por sus profesores y reivindicada por su madre. En el espacio escolar la violencia cumple la función de disciplinar “errores” siendo un trabajo exclusivo de los adultos obligarla, donde “la división lógica entre jóvenes y viejos está la cuestión del



poder, de la *división* (en el sentido de repartición) de los poderes” (Bourdieu 1990: 119) impuestos por la fuerza.

Chola: No era buena alumna en la escuela, no había tiempo para hacer deberes por cuidar a mis hermanos. Encima de eso tenía un profesor que me daba con el cabresto¹⁰ si no sabía la lección, le tenía un miedo, siempre los lunes llegaba con mal humor. Otra profesora nos hacía arrodillar sobre tillos¹¹ de cola si nos encontraba jugando o conversando en el aula, siempre decía “guambras vagos, solo para jugar sirven”. Un día en el recreo empezamos a jugar pelota, no me di cuenta y lancé una patada muy fuerte que el zapato dio contra el vidrio rompiéndole en tres pedazos. En el aula el profesor a todos nos dio tres cuerazos [latigazos] atrás (con su mano indica la nalga) y dos en las manos. A mí que rompí el vidrio muy enojado dijo: “¡No vienes a clases si no llegas mañana con tus papás!”. Yo no sabía cómo avisarles, más era por el miedo de la paliza que me iban a dar. A la noche les avisé, mi vieja de las iras cogió una soga y me dio en la espalda hasta dejarme tiras.

Al otro día fuimos a la escuela. El profesor le contó lo que había pasado, me acuerdo que mi vieja dijo: “Está bien que le haya dado con el cabresto para que ojalá así aprenda a no hacer tonteras”, luego, sacó la correa, delante de todos me volvió a pegar. A la semana me retiró de la escuela. Yo llegué a pensar que así era la vida, paliza tras paliza.

La violencia a muchas mujeres habitantes de la calle les ha acompañado desde su niñez, haciendo de sus vidas un sufrimiento constante: sufrimiento en casa, en la escuela. Para Chola como para algunas de sus “compañeras de calle”, lidiar con estos sufrimientos les hace complejo.

Chola: Mira es difícil vivir pegada toda la vida. Una tarde el marido de ella me estaba pegando muy fuerte, trató de defenderme, diciéndole “solo yo tengo el derecho de pegarle”. Por decir eso, también a ella le pegó. La vieja estaba cabreada, se levantó bien emputada, empezó a lanzar cosas. Yo estaba con mi hermanito sentada en una esquina llorando y con miedo, hasta que una de esas sentí un golpe en la cabeza (señala el lugar del percance), me dio con un sartén. No me creerías, ese día la vieja estaba poseída, me rompió la cabeza.

Fredy: ¿Te llevó a algún médico?

Chola: No, las veces que me rompía la cabeza, solo me ponía cascara de huevo y ya. Solo una vez me llevó porque no paraba de salir sangre. A la enfermera le mintió, que me caí, y la gil le creyó.

Mi vieja si era una bacana. Cuando estaba más grandecita -si vez unos puntos aquí (señala con su dedo índice)- tuve una pelea, una man viene y me da con un palo. Ese rato mi jefa también le dio lo suyo, a la tarde se armó una guerra de todos contra todos. Mira, yo sé que mi vieja hizo muchas huevadas conmigo, pero la extraño, ella también sufría como yo. Estas marcas que tengo (señala su cabeza y cintura) son amarguras, si estas marcas hablaran, no terminarían de hablar.

Violencias como estas han configurado y van configurando la cotidianidad de estas mujeres. No se trata de decir que la naturalización de la violencia es “culpa” de las propias mujeres, sino factores externos que permiten su naturalización, por un lado, la complicidad y, por otro, la incertidumbre de no saber qué hacer frente a la violencia. Tiene mucha razón Bourdieu al decir que “los dominados siempre contribuyen a su propia dominación, (...) a la vez, que las disposiciones que los inclinan a esta complicidad son también efecto, incorporado, de la dominación” (2010: 50).

¹⁰ Es un látigo, elaborado con cuero de ganado bovino.

¹¹ Tapas de botella, no de rosquita, sino aquellas que contienen aristas y se las abre por medio de un destapador.



Caminar por las calles del barrio se ha vuelto parte de mí, en un espacio de encuentros, conflictos y disputas. A la Flaca, Chola, Gata, Negra, Jenny y todas las mujeres que participaron para generar estos apuntes, el miedo las domina, un miedo a ser violadas, a no conseguir alimentos, vestidos, etc., “condenándolas” a seguir experimentando violencias cotidianas. El sentimiento de miedo que experimentan a diario ha organizado y sigue organizando sus relaciones sociales y el espacio donde habitan. La violencia va deteriorando sus vínculos de forma acentuada, rompiendo con la cotidianidad, generando tensión permanente.

Esto no solo afecta a estas mujeres, sino que la violencia está contribuyendo a que se genere un mayor quiebre de las instituciones tradicionales: familia, escuela, policía, Estado, etc., porque va generando un abismo profundo entre ellas. Con la violencia, las relaciones de estas mujeres se están rompiendo.

Al momento de desfragmentarse los lazos, no se crean nuevas relaciones, todo lo contrario, se acentúan poderes existentes, como el poder del padre sobre la familia, el poder de la mejor luchadora sobre otra, el poder masculino en los intercambios, el poder de una vendedora sobre el usuario/a de drogas, el poder de una usuaria sobre un usuario. En todas estas “cadenas de violencia” (Auyero, 2013a) como de sufrimientos, las víctimas se convierten en victimarias, incluso reproduciendo formas de *dominación masculina* en palabras de Bourdieu (2000).

La participación de mujeres en economías informales y consumo de drogas se ha acentuado en el sector, su participación es activa. Estas no rompen con el dominio de lo masculino, al contrario, lo reproducen, es decir, la violencia tiene que ser vista como un mecanismo de reproducción del poder masculino. Conversaciones con micro traficantes hombres en colegios de la ciudad de Quito, permite dar cuenta de este hecho. Segundo contó lo siguiente:

En los recreos las que se acercan más y gastan bastante comprando son las mujeres, cada semana gastan 30 dólares, mientras que los hombres 5 dólares a 10 dólares. Las mujeres hacen de todo para consumir, por eso no me faltan mujeres, porque cuando no tienen les regalo por sexo (Nota de campo, 2011).

Sin duda este hecho se da en colegios, pero en la calle la posición de la mujer es otra, generan mecanismos para posicionarse. La interacción con estas mujeres también me ha llevado a comprender que detrás de estos mecanismos hay rituales. Rituales entorno a la violencia experimentada y reproducida que se enmarcan en rituales de jerarquía de género, en cuanto son simbolizaciones que persiguen generalmente la estabilidad de las jerarquías, la desigualdad y exclusión, haciendo que las brechas de género se acentúen (Casares, 2006). Hay una resistencia a la violencia por parte de estas mujeres, el problema radica en que la resisten con violencia. (Auyero y Berti 2013)

CONCLUSIONES

Cuando me propuse realizar este estudio, tenía en mente trabajar el tema de las drogas y las estrategias de sobrevivencia. Durante la permanencia en el barrio me di cuenta que, a la gran mayoría de la gente, no le interesaba hablar sobre drogas, ni a los propios usuarios, sino conversar sobre sus sufrimientos, sobre la violencia a la cual están expuestos, sus desilusiones escolares y laborales, su falta de oportunidad



y sus anhelos de un mejor porvenir. Para Cinco Esquinas, Gata, Chola, Foca, Uñas, etc., su cotidianidad no dista de la de Luz, comparten la lucha diaria para poder sobrevivir.

Sin ánimos de generar una idea negativa del barrio y de sus habitantes, se trató de presentar las cosas y los diálogos como se dieron, sin omitir las palabras que pueden ser agraviantes. Porque este trabajo etnográfico se enmarca en lo que Pierre Bourdieu llamó *efectos del lugar*. “El principio esencial de lo que se vive y se ve en el terreno -el testimonio más impresionante y la experiencia más dramática- está en otro lugar” (Auyero y Swistun 2008: 218). Un lugar llamado el barrio.

Las narraciones presentadas se enmarcan en lo que Auyero y Swistun llaman “una etnografía del sufrimiento... es un análisis de las voces de quienes padecen, pero es también un estudio de las narrativas que circulan alrededor de las vidas de quienes lo padecen” (2008: 218). Estudiar las violencias y drogas a partir de estas narraciones, brotan como resultado de esa preocupación fallida de décadas de fracasos por parte de instituciones tradicionales: familiar, iglesia y Estado, que han rechazado los cambios y han priorizado sus preocupaciones dogmáticas. “Las drogas aparecieron como producto de esos giros (cambios) y se instalaron en el mundo del que no se les podrá erradicar con ningún tipo de guerra” (Tenorio 2009: 12).

Con relación a la violencia, comenta Auyero: “Las distintas violencias en los barrios más relegados... tienen un impacto que va más allá del aquí y el ahora -los demógrafos hablan del ‘largo brazo de la infancia’ haciendo referencia a las consecuencias de largo plazo que tienen en las que los individuos crecen y se desarrollan desde temprano en sus vidas. Las ciencias sociales y la psicología han estudiado los efectos que producen la exposición crónica a distintos tipos de violencia (truncamiento del desarrollo cognitivo y moral, adaptación patológica a la agresión física, etc.). Altos niveles de ansiedad, depresión y temor suelen afectar no solo a quienes experimentan actos de violencia de manera directa, sino también a quienes son testigos de ella, más aún cuando distintas formas de violencia ocurren de manera simultánea” (Auyero 2012).

Violencias que se dan en espacios determinados, por donde circulan sistemas simbólicos. El barrio es un espacio donde la semiología de los hechos y los actos cobran otro sentido, un sentido determinado por la sobrevivencia, el respeto mediante la fuerza, la defensa de los espacios, el uso de armas, los lazos de parentesco simbólico, las ayudas, la amistad, los conflictos, etc.

Aquí las “reglas formales” establecidas por la cultura occidental se ven devaluadas. La acción como ha sido concebida en occidente entra en confrontación consigo misma. El supuesto Kantiano de *obra de tal manera que estos actos sean válidos para todos*, como un hecho imperativo, la calle lo devalúa. En estos espacios los “juicios” de valor son no universales. La calle vendría a representar en palabras de Dussel: “relaciones reales entre personas, carnales, ‘infraestructurales’ (si con esto se comprende lo económico, lo productivo, lo ligado a la sensibilidad, la vida, la corporalidad)” (1986: 91). La calle es un espacio de conflictos y alianzas, de quiebres y reconstrucciones donde la presencia de lo múltiple configura la cotidianidad, es decir, configura las formas de actuar, pensar, sentir y creer.

En las calles del barrio se manejan algunos códigos de solidaridad, generosidad y en algunos casos utilidad, donde se jerarquizan las relaciones y se construyen términos de poder, *relaciones de poder simbólicas* (lealtad, efectividad, valentía, obediencia). Pero estas también responden a condiciones estructurales, a



una organización de la violencia “producto de un trabajo histórico”. Al respecto dice Wacquant que el “Estado como organizador colectivo de la violencia *apunta* [mis palabras] al mantenimiento del orden establecido y al sometimiento de los dominados” (2004a: 106), en el caso del barrio por medio de mecanismos de represión.

Por tal razón, inicialmente se priorizó la óptica de los violentados, más que de los violentadores. Sin obviar que en esta relación los dos van juntos. A partir de esto se desarrolló una “descripción lo más luminosa y densa posible” (Auyero y Swistun 2008: 212) de la relación consumo de drogas y violencia. Sin olvidar “los dilemas morales y políticos que éstas implican en los intentos por representar el sufrimiento y la dominación ajenos” (Kleinman en Auyero y Swistun 2008: 216).

Entre los hallazgos primordiales están que el consumo de drogas y violencia se vinculan por la presencia de la informalidad e ilegalidad. En materia de drogas la ilegalidad e informalidad son generadores de violencias. Como se pudo observar, la gran mayoría de usuarios y usuarias de drogas, en especial base de cocaína, se enfrentan a diario con la violencia, ya sea porque el vendedor le proveyó de una droga muy ligada (mezclada con otras sustancias) o el usuario le debe dinero al vendedor. En el primer caso no es que el usuario va a utilizar mecanismos “legales” para que le entreguen su dinero o le den otro producto, caso que sí sucedería con alguien que va a comprar en una distribuidora de licores percatándose que la fecha para ingerirlo ha caducado. Con esto no se está diciendo que la base de cocaína puede ser vendida en un micro mercado debido a sus efectos nocivos o la tienda del barrio a pesar de que esto sí sucede. Mientras que, en el segundo caso, no es que el vendedor va a denunciarle al comprador en uno de los circuitos de la policía comunitaria por haber faltado al pago. Si no paga hace uso de la violencia y si huye habrá alguien que asuma su deuda: su familia, amigos. Estas complejidades radican en que la única forma de medir estos conflictos es con la violencia, afectando las relaciones en el barrio quienes la reciben, quienes la observan y a los propios/as ejecutores/as que la siguen reproduciendo.

Agradecimientos

Los resultados del presente artículo forman parte de la investigación intitulada “Con el diablo adentro: Consumo de drogas y violencia en un barrio popular de Quito”, perteneciente a FLACSO, sede Ecuador.

Bibliografía

Alarcón, Cristian (2010). *Si me querés, quereme transa*. Buenos Aires: Grupo editorial Norma.

Andrade, Xavier (1990). Me despierto, me pego un duchazo... Sobre el comercio de drogas ilegales en pequeña escala, pp. 133-158. En: Jacques Laufer. *Narcotráfico y deuda externa. Las plagas de América*. Quito: CAAP, CIUDAD, CERG. CECCA.

Andrade, Xavier (1993a). *Historias de riesgo e identidades en tensión: Hablan un traficante y un etnógrafo*. Quito: FLACSO-Sede Ecuador.

Andrade, Xavier (1993b). Narcotráfico efectos sociales: consumo y violencia en Ecuador, a inicios de los noventa, pp. 167-187. En: Roberto Laserna (Comp.) *Economía política de las drogas. Lecturas Latinoamericanas*. Cochabamba: CERES, CLACSO.



- Auyero, Javier y Swistun, Débora (2008). *Inflamable. Estudio del sufrimiento ambiental*. Buenos Aires: Paidós.
- Auyero, Javier (2012). Cadenas que matan. *Página 12*, Abril 25, <http://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-192634-2012-04-25.html>
- Auyero, Javier (2013a). La violencia define la vida de los pobres. *Tiempo Argentino*, Mayo 19. <http://rebelion.org/noticia.php?id=168548>
- Auyero, Javier (2013b). En los sectores populares, el mismo estado que interviene es el que está produciendo el delito. *La Nación*, Julio 21. <http://lanacion.com.ar/1602705-javier-auyero-en-los-sectores-populares-el-mismo-estado-que-interviene-es-el-que-esta-produciendo-el-delito>
- Auyero, Javier y Berti, María Fernanda (2013). *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*. Buenos Aires: Katz.
- Blair, Elsa (2009). Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición. *Política y Cultura* 32: 9-33. <http://www.scielo.org.mx/pdf/polcul/n32/n32a2.pdf>
- Bonilla, Adrián (1993). *Las sorprendentes virtudes de lo perverso: Ecuador y narcotráfico en los 90*. Quito: FLACSO-Sede Ecuador.
- Bourdieu, Pierre (1990). *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- Bourdieu, Pierre (1999). *La miseria del mundo*. Barcelona: Akal.
- Bourdieu, Pierre (1999). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre (2003). *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre y Loic Wacquant (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourgois, Philippe (2002). *El poder de violencia en la guerra y en la paz*. Buenos Aires: Apuntes de investigación del CECYP.
- Bourgois, Philippe (2010). *En busca de respeto, vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Briceño-León, Roberto (2002). La nueva violencia urbana de América Latina. *Sociologías* 8: 34-51. <https://doi.org/10.1590/S1517-45222002000200003>
- Briceño-León, Roberto (2007). *Sociología de la violencia en América Latina*. Quito: FLACSO-MDMQ.
- Carrión, Fernando (2010). *El laberinto de las centralidades históricas en América Latina: el centro histórico como objeto de deseo*. Quito: Ministerio de Cultura.
- Dussel, Enrique (1986). *Ética comunitaria*. México: San Cristóbal Chiapas.
- Fernández-Ballesteros, Eugenio (2006). La psicología criminal en la práctica pericial forense, pp. 59-122. En: Miguel Ángel Soria y Dolores Sáiz (Coor.) *Psicología criminal*. Madrid: Pearson.
- García, Fernando (2008). Ajusticiamiento en el Ecuador: ¿solamente un fenómeno de clase? *Ciudad Segura* 22: 2-3. <http://repositorio.flacsoandes.edu.ec/bitstream/10469/2748/1/BFLACSO-CS22-02-Pont%C3%B3n.pdf>



- Goffman, Alice (2009). On the run: wanted men in a Philadelphia ghetto. *American Sociological Review* 74(3): 339-357. <https://doi.org/10.1177/000312240907400301>
- Haraway, Donna (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Kingman, Eduardo (2012). *San Roque: indígenas urbanos, seguridad y patrimonio*. Quito: FLACSO – Heifer International.
- Núñez, Jorge (2006). *Cacería de brujos: drogas ilegales y sistema de cárceles en el Ecuador*. Quito: Abya-Yala.
- Paéz, Alexei (1991). *Narcotráfico y violencia en los países andinos*. Quito: FLACSO.
- Pavarini, Massimo (2009). *Castigar al enemigo: criminalidad, exclusión e inseguridad*. Quito: FLACSO.
- Pontón, Jenny y Torres, Andreina (2007). Cárceles de Ecuador: los efectos de la criminalización por drogas. *Urvio* 1: 53-73. <https://www.redalyc.org/pdf/5526/552656565004.pdf>
- Santillán, Alfredo (2006). *Jóvenes negros/as. Cuerpo, etnicidad y poder*. Tesis Maestría en Antropología. Ecuador: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Santillán, Alfredo (2008a). Linchamientos urbanos. Ajusticiamiento popular en tiempos de la seguridad ciudadana. *Íconos* 31: 57-69. <http://revistas.flacsoandes.edu.ec/iconos/article/view/268>
- Santillán, Alfredo (2008b). La circularidad de las economías ilícitas, pp. 124-130. En: Jenny Pontón y Alfredo Santillán (Comp.) *Nuevas problemáticas en seguridad ciudadana*. Quito: FLACSO.
- Scheper-Hughes, Nancy (1997). *La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil*. Barcelona: Ariel.
- Soria, Miguel Angel y Sáiz, Dolores (2006). *Psicología criminal*. Madrid: Pearson.
- Tenorio, Rodrigo (2002). *Drogas, usos, lenguajes y metáforas*. Quito: El Conejo.
- Tenorio, Rodrigo (2009). *El sujeto y sus drogas*. Quito: El Conejo.
- Torres, Andreina (2008). *Drogas, cárcel y género en Ecuador: la experiencia de mujeres "mulas"*. Quito: FLACSO.
- Wacquant, Loïc (2004a). *Las cárceles de la miseria*. Buenos Aires: Manantial.
- Wacquant, Loïc (2004b). *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Madrid: Alianza Editorial.
- Wacquant, Loïc (2010). *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona: Gedisa.

Recibido el 28 Sep 2018
Aceptado el 15 Nov 2018